

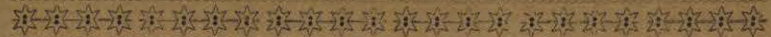
beneficia á la sociedad, y no es comprador tonto, sino hábil, el Gobierno que se convierte en parroquiano de ese mercader.



He aquí el quid para los gobernantes: escoger buenos productos intelectuales. Y, precisamente, porque éstos tienen, entre nosotros, poca demanda, el Estado tiene que alentar á los productores, no erigiéndose en Providencia, pero sí impulsando como fuerza motriz. Un pueblo que se viste de manta, cuando se viste; que ahora está empezando á aprender á leer; que compra muchas velas de cera y que no come, es pésimo marchante para el productor intelectual, á menos que éste, prostituyéndose, halague la ignorancia, el fanatismo y los vicios del marchante. Y como nadie puede negar la utilidad de esos sembradores de ideas fecundas que se llaman publicistas, el Gobierno, supliendo en este caso la acción individual, hace perfectamente en *subvencionarles*, cuando los escoge bien, así como hizo perfectamente en subvencionar los kilómetros de los ferrocarriles.

Podrá objetarse que esa subvención sólo debe recaer en publicaciones científicas, de propaganda, que esparzan los conocimientos útiles; pero esto es un error. El periódico científico, el educador, el que populariza la historia, el que difunde nociones filosóficas ó económicas, el folleto, el libro, son el resultado de una civilización superior á la nuestra.

Aquí tenemos que acudir al diario de á cinco centavos, vehículo para influir en la burguesía y al diario de á centavo, vehículo para influir en las masas. Ayudar á la inteligencia sin capital, ó sea subvencionar, es deber del Gobierno. Pero el subvencionado no es un vendido: es un hombre que vende artículos de primera necesidad, sin recurrir á la mentira, á la falsificación, al fraude que los harían más productivos para él.



SU MAJESTAD EL PERIODISTA.

Hay un artículo de Alejandro Dumas (hijo), que es una obra maestra de intención y de agudeza: el periodista. Pinta á maravillas los caimientos y las tristezas y combates de ese pobre ser, sujeto á los caprichos de un tirano que tiene cien cabezas y cien bocas, y cuya tornadiza admiración gira tan rápidamente como las ruletas. Nada le pertenece, nada es suyo; el público le paga para saber los pormenores de su vida, las intimidades de su pensamiento.

Y es preciso que todas las mañanas, como todas las noches el actor, entretenga al público, le haga reír ó llorar, según lo pida la situación, aun cuando el desaliento le entumezca ó la tristeza anuble su cerebro.

Es preciso que, consecuente con su papel, dogmatice en el gran editorial ó culebree en la traviesa gacetilla: el cajista le aguarda, los presistas esperan, las letras de plomo le llaman desde sus celdillas, y el lector le exige el pan de la curiosidad ó la bebida del escándalo. Es la bestia que gira eternamente en el arrastre ó en la noria. Cuando está vieja, enferma ó fatigada, la dejan perecer en un rincón.

No hay suplicio ninguno comparado al que padece el periodista en México. El carpintero, el sastre ó el pintor, puede conformarse con conocer principios y reglas de su arte; pero el periodista tiene que ser no solamente el *homo duplex* de que hablaba el latino, sino el hombre que como los dioses de Walhalha, puede partirse en mil pedazos y quedar entero. Ayer fué economista, hoy es teólogo, mañana será hebraizante ó tahonero. Es necesario que sepa cómo se hace

el buen pan y cuáles son las leyes de la evolución; no hay ciencia que no esté obligado á conocer, ni arte cuyos secretos deben ser ignorados por su entendimiento; la misma pluma con que anoche dibujó la crónica del baile ó del teatro, le servirá para trazar hoy un artículo sobre ferrocarriles ó sobre bancos. Y todo esto sin que la premura del tiempo le permita abrir un libro ó consultar un diccionario. ¡Al coche! ¡al coche! los pasajeros se atropellan, las maletas se abren ó se caen, los brazos se desanudan, el silbato suena, y el tren parte sin aguardar ni una hora, ni un minuto.

¿Quién posee la ciencia enciclopédica bastante para ser un perfecto periodista? En Europa, el trabajo intelectual se distribuye conforme á las aptitudes y saber de cada uno. Este diserta sobre la política, ese examina las cuestiones económicas, aquél juzga las obras literarias. Ninguno invade los dominios de otro; cada cual tiene sus posesiones perfectamente deslindadas y es filósofo, ó crítico, ó político, ó financiero, ó extratético, ó jurisconsulto, ó médico, ó poeta. Entre nosotros no sucede así: el periodista es uno y es diez mil. Es preciso que resuelva las crisis económicas y que tenga recetas para sanar los catarros, que anuncie si lloverá al siguiente día, y que indique los medios oportunos para combatir la flojera. Esta famosa ciencia enciclopédica fué posible en los felices tiempos de Pico de la Mirandola. A medida que las ciencias se han ido desarrollando y extendiendo, se han hecho imposibles esas grandes generalizaciones. Estamos en la época de los especialistas. Sólo el periodista tiene por fuerza que conocer, siquiera sea superficialmente, la escala toda de los conocimientos humanos. Sólo él tiene que ser músico y poeta, arquitecto y arqueólogo, pintor y médico.

Junto á este periodista obligado á saber todo, se alza el periodista-tinterillo, que también merece que se le estudie, y que él jamás estudia.

Puede haber abogados, médicos, ingenieros, farmacéuticos, malos y buenos; pero como esos abogados, médicos, ingenieros, farmacéuticos, han acreditado ante un tribunal más ó menos competente, que poseen el minimum de conocimientos que la ley reputa necesario para que ellos adquirieran el derecho de ejercer las dichas sendas profesiones, no hay sinrazón en que se llamen mutuamente (los del propio ramo) compañeros.

El periodista no se examina, puede no haber estudiado en ninguna escuela; y sin embargo, con tal de que tenga un amigo complaciente

en cualquiera redacción, ú ocho pesos en la bolsa para pagar la impresión del ejemplar único de algún diario que se publique cada año, ya tiene derecho pleno á llamar compañero á Don Guillermo Prieto, y á exigir de la sociedad idénticos respetos y de la ley iguales privilegios que el noble veterano de las letras.

Esto me parece ilógico, y por esta razón pregunto si es así.

¿Todo el que puede imprimir lo que escribe, es por este solo hecho periodista?

Todo el que cuele ó desliza en un periódico cualquier párrafo de gacetilla, aun cuando en él se calumnie ó se difame á alguien, ¿es desde ese momento sacerdote de la Prensa y disfruta los privilegios de que gozaría Don Anselmo de la Portilla, si viviera?

Conviene aclarar el punto, porque es de mucha trascendencia. Hay personas á quienes recibiríamos en nuestra propia casa; personas á quienes por ningún capítulo dejaríamos solas en nuestro despacho, por miedo á que nos robaran algún libro; y si una de esas personas, para vengarse de nuestro recelo ó de nuestra justa repugnancia, nos llama ladrones, ebrios ó asesinos en hoja diaria, tenemos que impartirle nuestra protección, y si el quejoso lo acusa ante los tribunales, pedir nosotros los agraviados de mañana, que se ponga inmediatamente en libertad á nuestro muy amado compañero.

Cuando un militar comete una acción reprobada ó una falta, se le expulsa en el acto del ejército. Desde ese instante ya no es militar. Cuando alguien, que por sí y ante sí, se ha dado el título de periodista, calumnia ó difama, sigue siendo periodista, y más respetable, más *compañero* nuestro que antes de cometer el delito, puesto que estamos dispuestos á abogar por él y á decir que hizo uso de su legítimo derecho al cometerlo.

Que haya igualdad, está bien. Pero, ¿por qué ha de haber igualdad entre los periodistas y no igualdad entre los calumniadores?

Que «la prensa se corrige por la prensa misma,» es doctrina que respeto y que casi profeso: pero, ¿cuál es la prensa? ¿Todo lo que aparezca impreso: el pasquín, el cartel, la hoja volante?

Cuando un eminente estadista mexicano sostuvo esa doctrina, era porque levantaba el concepto de prensa á la idea que de ella tenía y — digámoslo de una vez y con franqueza — porque la prensa, en aquel entonces, no se había abajado hasta el extremo de ejercer los feos oficios de espía, delator, calumniador pagado, ó apaleador por cuenta ajena. La prensa se corrige por la prensa, sí señor. En la

lucha de las ideas, como en la lucha por la vida, los fuertes sobreviven. La mentira se corrige por la verdad. Quiere la razón que sus enemigos peleen armados de todas piezas, para vencerlos con noble satisfacción, no con vergüenza. Que se agavillen contra nosotros todos los errores y nos acometan. Pero errores, ideas, opiniones, doctrinas, más ó menos falsas, más ó menos interesadas ó personalistas; no injurias, no difamaciones, no calumnias. ¿Cómo ha de corregirse la calumnia por la calumnia y el insulto por el insulto? ¿Tendremos que dejar de ser honrados por la razón de que nuestro enemigo no lo es? Si esa que vilipendia y que calumnia, es la prensa también, tenemos que convenir en que la prensa no se corrige por la prensa, sino por el palo ó por la cárcel. Y este último correctivo es el único que puede aplicar un hombre que se respeta y que respeta á la sociedad en que vive.

A cada rato, y desde hace mucho tiempo, oigo decir, cuando se comete algún delito vulgarísimo con el arma de un periódico y se trata de castigar al delincuente, que se ataca la inviolabilidad del periodista y se vulnera la Constitución. No quiero creer que la Constitución haya querido abrir esa puerta de escape á la calumnia y al insulto, para que puedan campar por sus respetos y quedar impunes. Ni los más celosos proteccionistas de la industria tipográfica han llegado á tal cinismo. — Tú me calumnias con fulano ó me insultas delante de una ó dos personas. ¡Yo te meto á la cárcel! Tú me calumnias ó me insultas en público, imprimes y repartes pródigamente la calumnia ó el insulto, para que sea sabido por el mayor número y quede en pie para el futuro; pero tienes cinco pesos para pagar la hoja impresa ó un amigo que te dé entrada á cualquier diario, ya eres inviolable; ya eres periodista; ya eres sacerdote; y lejos de tener el derecho de exigir tu castigo, tengo el deber, la obligación de proclamar que tuviste razón al ofenderme y defenderte contra todo el mundo.

Se me dirá: tú puedes apalear ó matar á tu calumniador. — Pero contesto: yo creía que las leyes se habían hecho para abolir esa justicia personal y salvaje del garrote y del puñal.

Insisto, pues, en que se aclare bien qué es un periodista y quiénes son los periodistas. Porque si mañana me agravia alguien seriamente, y yo lo llevo ante el juez, dirán que soy mal compañero; si lo mato, dirán que soy un asesino; y si lo aguanto, dirán que soy un cobardón.



POR QUÉ NO VOTO.

Al Señor Director de «El Universal.»

¿Por qué no voto en el Concurso de Belleza? Amigo mío, ya estoy de vuelta de ese hermoso país que da flores á millares para que nosotros las regalemos. Primero, los dulces; luego, las flores; después, las mujeres; y por último, los niños, ó la tristeza intensa que hay en esta frase: «Ya volví.»

La caída de mi tarde, este anochecer de mis deseos, no viene con espesas nublazones ni cárdenos relámpagos. No, ¡libreme Dios de ser arisco con la inspiradora de muchas acciones malas y de casi todas las acciones buenas! No podemos amar á los hombres, y como el amor es obligatorio, tenemos por fuerza que amar á las mujeres. El que habla mal de ellas, es porque sólo ha conocido á una. Y no hablo de la madre porque ésta no es mujer, es madre nada más; y las madres, como los ángeles, no tienen sexo.

Esta misma afición mía á lo mejor que hubo en el Paraíso, me obliga, amable director, á no votar. Desde luego, no entiendo la pregunta: ¿cuál es la más bella? . . . Pues sólo puedo responder con más preguntas: ¿La más bella, cuándo, en dónde y á qué edad? Ya sé que hay una belleza uniformada, reglamentada, una belleza que sirve para hacer estatuas. A esa belleza la admiro, pero no la amo. La impasibilidad era, por ejemplo, la condición esencial de la belleza en la estatuaria griega. Creo que llamaban á esa impasibilidad, en estética y en moral, *ataraxia ó apkatia*: falta de movimiento, falta de pasión. Y esa belleza inmóvil que puedo y debo admirar

en las grandes esculturas, no me gusta en la mujer. Que no sea correcta su hermosura. . . . ¿para qué? La naturaleza hace improvisaciones deliciosas. ¡Oh! ¡Y hay defectos sublimes en sus obras! La nariz irreprochable de Cleopatra es cuasi divina; pero, ¿y la nariz de Mimí Pinsón. . . .? ¡Qué bonito pecado!

Querer proclamar una belleza superior á todas y darle la dictadura, es antidemocrático. No recuerdo quién propuso para México la tiranía honrada. Pues bien, lo que Ud. quiere es la tiranía de una sola belleza. Una. . . . ¡Qué profanación! La belleza pertenece al género femenino y número plural!

Primero es, para nosotros, algo así como el humo que traza muchas curvas en el aire. . . . como el vaho formado por el aliento de todas las mujeres. . . . Es la neblina del amor en el amanecer de nuestras almas. Después viene un rayo de sol y al color reina en nuestros sueños amorosos como déspota. ¿Cuál color? Un color que suele ser muy color de rosa, ó muy blanco, ó muy moreno, pero que siempre es *muy*. Un color que no está en el prisma: el color de mujer. Entonces reposan nuestras miradas, como en blandos almohadones, en las figuras femeninas, rozagantes y frescas, de la pintura flamenca. La mujer se nos presenta en toda la plenitud de su desarrollo, con la púrpura intacta de su sangre, como Iva se presentó á Adán. Todo hombre que ama por primera vez, es igual al primer hombre.

Pero en seguida, y al paso que nos vamos internando en la existencia, ¡cómo se va torciendo y complicando este concepto de la belleza! Llegamos á comprender y hasta á amar voluptuosamente la belleza del dolor! ¡Qué bien sabe besar una lágrima! ¡Y la belleza de la alegría. . . .? Eso de coger una risa con los labios, ¡qué bueno es!

Hay quienes llegan á preferir las hermosuras diáfanas, como si éstas les recordaran algún ángel ausente. A otros subyuga la hermosura de la maldad. Y no hay manera de poder señalar la belleza única. Hasta alguna que ayer nos parecía fea, puede mañana parecerse bella. . . . si ya hemos aprendido á traducirla.

¿No ha sentido Ud. jamás que la más bella entre todas las mujeres es una viejecita? ¿Y cómo se ha de dar un voto en el concurso de belleza á esa anciana de cabello blanco, tocas blancas y alma blanca?

La belleza es un color que tenemos en el alma, y se tñe de él lo que á ella entra. ¡Qué feas se nos ponen allá dentro muchas mujeres muy hermosas. . . .!

Hace poco repasaba yo la lista que está Ud. publicando. ¿A cuál de esas señoritas daría el premio? ¡Qué problema tan arduo y tan inútil! Lo peor, lo más fastidioso y lo que sirve de menos en la vida, es escoger! Dios, según el Génesis, hizo una sola mujer, pero porque en esa sola mujer las hizo á todas. Lo que crió fué una fuerza; fué el *eterno femenino*. Pero Dios no hizo una sola flor, ni una sola estrella, ni una sola ave. Y no dijo al hombre: para tí la más bella será la margarita; la más hermosa, *Vesper*; la más esbelta, la orpéndola. — Soltó el gusto de cada uno, como se deja libre á un niño en el jardín á la hora del asueto, y le dijo: ¡Corre! ¡Haz lo que quieras!

Entiendo yo que este certamen del «Universal» es más bien un certamen de simpatías. No está á discusión, propiamente hablando, la belleza de las señoritas mexicanas. Esa no se discute, es un artículo de su constitución. Tampoco la que triunfe ejercerá el poder por un período fijo de años. . . . Pues ¿y las que vivan ocultas? ¿Y las que vengan con vestido alto para llegar más aprisa?

¿Se tratará acaso de escoger realmente? ¡Mucho menos! Escoger. . . . ¿para qué? Escogemos entre aquellas á quienes vemos y tratamos, á una por mujer, pero no decimos: Esta es la más hermosa — sino — esta es la que yo quiero!

Miro la lista y siento tentaciones de poner *mi* nombre aquí. . . . y allá. . . . y en esa otra columna. Pero si al salir de casa, si al torcer la esquina, encuentro una mujer más bella que esas tres? No; yo no voto por la dictadura! Quiero el gobierno de la hermosura ejercido por todas las hermosas.

Me simpatiza, sin embargo, este concurso porque comprendo la idea de Ud., ¡oh director *galantuomo*! Quiso Ud., ahora que llegue el invierno, y son raras las flores, cubrir de rosas y gardenias á las que perfuman gardenias y rosas con su aliento. Se propone preparar la primavera del año entrante. . . . y allá van flores á los labios frescos para pedirles un poquito de perfume.

Y á esos pájaros que se llaman poetas y que quieren cantar en jaula de oro, éste en esa ventana, aquél entre las campanillas del balcón de allá, les abrió Ud. las hojas hospedadoras de su diario, y allí están cantando las simpatías y los cariños á las hermosas, á las amadas y á las buenas. — ¿Por qué votas por ella? — ¡Por su sonrisa! — ¿Y tú? — Por sus ojos. — ¿Y tú, amigo? — Porque la amo. — ¿Y Ud? — Porque es muy buena.

¿Cómo pueden computarse estos votos heterogéneos? ¿Cuál es la más bella? Os lo diré si me decís lo que suman una violeta, una alondra y una estrella. . . .

He aquí por qué no voto, amigo mío. Escoger es renunciar á todas menos á una. Ser fiel á ésta ó aquélla, es ser infiel á las demás. Eso se hace ó debe hacerse al casarse; pero no se hace más que una sola vez.

A mi juicio, el concurso no tiene más que un único defecto: el de que por fuerza ha de acabarse. Mientras véamos el nombre de todas, ¡qué alegría para los ojos! Pero al quedar el de una sola. . . ¡cuántas ausentes!

Por eso yo lo dejaría incompleto como esas melodías que acaban en la orquesta, continúan en el canto y siguen después sin terminarse nunca, en la memoria y en las almas de los que las oyeron.

¿Sabe Ud. lo que yo haría en lugar de Ud? Pues decir á esas hermosas y buenas señoritas:— Ustedes no han menester de flores. . . . ¡tienen tantas! Sus nombres figuran en todas las revistas de salón, circuídos por guirnaldas de adjetivos galantes. Pero á la hora en que *El Universal* muy de mañana llega á las puertas de las casas ó palacios en que ustedes habitan; en la hora en que todavía esos ojos están alumbrando el mundo de los sueños, corren por esas calles, friolentas y con el tápalo raído muchas que son también buenas, bonitas, pero que están á oscuras porque son muy pobres. Van á misa, van á su trabajo, van tal vez á empeñar el último vestido bueno de la pobre mamá. Esas no tienen flores. . . . ¿no les damos éstas?

Y como todas son muy buenas, las darían. Así no habría una reina, no habría celos, no habría olvidos: las hermosas canéforas llevarían sus rosas y jazmines al ara de la *ignota dea*, de la hermosura desconocida.



VER MORIR.

Ver morir es uno de los espectáculos que más agradan á esas señoras cuyos nombres debemos ignorar. Hoy que el reportazgo da cuenta de todo y se ha convertido en el gran autor dramático del siglo, leemos las crónicas de fusilamientos escritas con tantos detalles y minuciosidad como las revistas de los bailes. «Concurrieron á la escena sangrienta la crema del *demi-monde* y los jóvenes más *fin du Siècle* de nuestra buena sociedad.» Esos mismos abonados á las *premières* de los fusilamientos, son los que llenan las plazas de toros. En los tendidos de esos circos y en los coches de sitio que se dirigen á los llanos de San Lázaro cuando va á ser ajusticiado alguno, aparecen las mismas caras desveladas y color de manzanilla, los mismos paltós color de avellana clara, con el cuello alzado, los mismos bustos femeninos sin corsé, los mismos ojos que sólo brillan, como ciertas lámparas cuando tienen alcohol. De esos coches salen crapulosas risotadas como las que se oyen en las tandas. Y á la vuelta puede presenciar el curioso un desfile tan alegre como el de los carruajes que concurren al *Derby*. Un fusilamiento es el *Derby* de la canalla.

En los toros — alguna vez lo he dicho, — todas mis simpatías están con el toro. Deseo que el bicho haga todo lo posible por ensartar al torero. En los fusilamientos, mis simpatías están con el ajusticiado. Vería con gusto que él fusilara á todos los que van por curiosidad á verle morir.

Comprendo que un artista, en busca siempre de lo bello hasta en lo feo, asista, por ejemplo, á un auto de fe. Ese es un drama de

espectáculo, un drama romántico: está en verso. La decoración es hermosa é imponente; los personajes aparecen bien vestidos; los coros aterran y conmueven; muere el reo tan teatralmente, que no cree uno que haya muerto de verdad.

El verdugo, con cuchilla y vestido de rojo, también es digno de ser visto. Habla á la imaginación, su cuchilla es brillante y su traje es diabólico. Es un ser maldito, condenado, por no se qué juez supremo é inflexible, á cumplir las venganzas divinas.

Las ejecuciones en masa; el cesto de cabezas tropezando con el carro en que van cuerpos enteros á asomarse á la eternidad por la ventana de la guillotina; la plaza en donde la revolución incendia todas las pupilas; la justicia del pueblo cometiéndolo, borracha, las mayores injusticias; la muerte corriendo asustada y como acorralada entre el clamoreo de la muchedumbre; la *Marsellesa* en el aire; el gorro frigio; la camisa desgarrada; el grito pasando á través de la copla; el monstruo humano aullando como sátiro enronquecido por el placer, forman un espectáculo pictórico, que puede cautivar la fantasía aterrándola.

Pero estos fusilamientos en llano árido; esta muerte gris; esta forma geométrica del horrible espectáculo; el alineamiento de las tropas; el silencio de los circunstantes; la impasible voz de mando, que suena, al decir *¡fuego!* ni más ni menos que en la Escuela de Tiro; la lividez de los rostros espantados, confundida con la de los rostros crapulosos; la bandera roja de los coches de alquiler, en lugar del gorro frigio; el cajón con jaletinas en vez del cesto con cabezas tronchadas; el soldado vulgar apuntando de pie firme á un muñeco de carne también vestido de soldado; el suplicio sin odios que aullen alrededor, sin pasiones que hiervan; el suplicio sin decoraciones, sin trajes, sin elementos dramáticos; el clarín imponiendo silencio, no á los clamoreos rabiosos de la multitud, sino á las risas desvergonzadas de las prostitutas. . . . ¿cómo puede ser este un espectáculo que, siquier sea por lo sublime de su horror, atraiga á los artistas? Unos curiosos comen; otros beben; bostezan los no habituados á levantarse de mañana; en el suelo hay canastos y botellas; no falta quien se impaciente y golpee las piedras con el pie, como para pedir que el telón se alce pronto; en los coches esas caras nocturnas que todavía no se han lavado, ese aspecto de recámara á la hora en que todavía las camas no están hechas; entre los grupos de cocineras y *reporters*, el granuja vendedor de papeles, especulando con

el dolor y la desgracia; el que vende naranjas para los que se embriagaron la noche anterior; la olla de tamales; la mesa con sus tazas de café y sus botellas de catalán; el mismo cuadro que en las luces del Carmen ó en la verbená de los Angeles; algo semejante á la salida de los toros; grasa, tumulto, pringue, desvergüenza, la vida en su más prosaica y bestial forma.

Verdad que el hombre necesita ser azotado. Para que anden aprisa nuestros nervios tenemos que darles muchos latigazos. Son nuestros pensamientos, como ciertas chispas, resultado de un golpe. A golpes vivimos sanos. Vamos al agua y no le decimos como los orientales: —Acaríciame, bésame, caliéntame con tu amor. —No: le decimos: —Sube, trepa á la azotea, déjate caer sobre de mí y aplástame!

Al vino ya no se le dice: —Pon ante mis ojos una cortina color de rosa; cuéntame una fantástica leyenda! —Le decimos: —¡Embrutéceme! —¡El golpe rudo, el golpe seco en todo!

Pero el artista se flajela con varas de rosal, porque siquiera lo perfuman. Presencia decapitaciones de lirios, como la decapitación de María Estuardo. Quiere que vibren sus nervios, como las cuerdas de una arpa, heridas por alguna mano hermosa. O busca lo terrible, lo divino, lo satánico, lo superior á él, lo que le obliga á arrodillarse. La tempestad ó la tragedia.

En medio de su crueldad, el pueblo romano, pueblo artista era. La sangre derramada en el Circo embriagaba como el vino. El mártir desnudo era hermoso. La virgen desvestida era casta. La fiera, augusta. El César, omnipotente. El pueblo, hermosamente malo, como el Diablo. Podía maldecirse á aquellas muchedumbres; pero no era posible despreciarlas.

En cambio, la multitud que asiste á estos fusilamientos, sólo inspira asco. Nos queda en la memoria, como nos queda en el paladar el dejo de un pescado podrido. Es el harapo humano en pleno y libre movimiento. Es la bestia; pero no la bestia, como el león, ni siquiera la bestia como el tigre: la bestia como el cerdo.

¿Para qué se abren esos ojos? ¿Para qué se dilatan esas pupilas? Para ver la grotesca mueca del infeliz que se revuelca en su sangre; para observar la rabiosa risa de unos labios al fin abandonados por la vida; para mirar cómo cae un cuerpo en tierra y asistir á sus últimos sacudimientos. Esos ojos no tienen lágrimas; lo que tienen es sueño.

Nosotros, acá en el interior de nuestros gabinetes, rodeados de

libros que hacen al hombre á su imagen y semejanza, ideamos una ley de amor que, como la rubia cabellera de Magdalena, enjuga toda lágrima y desvanece toda mancha. Nosotros le decimos á la muerte:—Ven cuando quieras. No queremos prostituírte, porque también te amamos. Ven para llevarte á los que sufren y padecen, á recibir el premio merecido. No te daremos el vergonzoso oficio de verdugo. No te llamaremos castigo, sino recompensa. No serás nuestra cómplice, sino nuestra amiga. Obedece á Dios, que es tu Señor único. Nosotros no tenemos imperio sobre tí.

Y acá, en el interior de nuestros gabinetes, soñamos con ese orden nuevo, con el *novus ordu*m de Virgilio; con la extinción de la pena de muerte; con la redención por el trabajo; con el perdón levantando á los que caen, con la Piedad suprema sonriendo al mundo.

Pero al brutal contacto de la realidad, sentimos que oscila y tambalea nuestra esperanza. Sentimos que la blasfemia sube á nuestros labios y que dice:—La pena de muerte es necesaria, porque, al suprimirla, arrebatáramos á la humanidad un gran placer. . . . y porque también mañana la necesitaremos para castigar á éstos que hoy se ríen.

Por fortuna, hay muchos otros que saben ver morir. El que lleva consuelos al agonizante; la que con amor cierra sus ojos; los que le abren los brazos. La toca blanca de la buena hermana, inclinada sobre el lecho del moribundo, hace que olvidemos la carcajada de la prostituta que vuelve alegre de un fusilamiento.



UN CASO DE DIVORCIO.

Obedezco la ley que prohíbe castigar á la mujer, aun con el golpe más leve, aun tocándola con unas hojas de rosa, y me inhibo de conocer en el litigio que sometéis á mi opinión, amiga mía; en ese banal proceso de divorcio que no por sus condiciones intrínsecas, y sí por circunstancias externas, ha sido la crema favorita á la hora de los postres, entre la fresa y el *chartreuse*. ¡Qué hecho tan vulgar y tan insípido! Un caso de tedio, como hay tantos, agravado por dificultades monetarias, y resuelto, sin amor, en un adulterio casual. Después, la situación que creó el acaso, sostenida por la terquedad y por la repugnancia al marido. Luego, y por último, el escándalo, la obstinación femenina arrollando todo para lograr el triunfo de un capricho á costa de una derrota moral. Eso, señora mía, pasa muy á menudo, sólo que no se ve tanto ni por tantos. En esa ostentación, más retumbante que otras muchas, ya casi autorizadas por el uso y por la condescendencia social, consiste la única originalidad del caso; originalidad relativa, pero que siempre disuena en el medio ambiente de los adulterios conocidos. La prensa no ha sido en esta vez culpable de indiscreción: la interesada quiso que grandes focos iluminaran el desastre, y es imposible no volver la cara hacia el gran cerco luminoso que, mientras más fulgura, más pone de resalto el intenso negro de las nubes. El folleto que publicó ella últimamente, y con su firma, exime al escritor de todo miramiento, pone al alcance de su bistori un documento humano tentador, le

invita á entrar en el análisis psico-fisiológico de una mujer, le ofrece una buena rebanada de carne, aún caliente, para que la aderece con la salsa más á su gusto. Sin embargo, señora, por repugnancia invencible, por respeto piadoso á los pobres inculpables, doy la vuelta á la llave, y dejo el cuaderno en mi cajón cerrado. Si, pues, lo exige Ud., voy á decirle algunas de las ideas generales que me ha sugerido esa lectura.

En la avidéz con que buscan las damas, mucho más empeñosamente que los hombres, esa pseudo-autobiografía que es la exhibición de una mujer en determinado conflicto de su vida; el resumen, no de lo que fué y de lo que es, sino de lo que ha llegado á ser por las fuerzas determinantes de sus actos; obsérvase desde luego una levadura malsana, algo totalmente diverso del concepto ideal de lo femenino. No podré precisar si buscan la disculpa de la falta ó la agravación de ésta ó todo ello en una pieza; pero olfatean febriles esas páginas, como buscando algún rastro. Acaso sea el VAPOR DE NATURALEZA, ó el burladero de la ley. Un mundano empieza á leer esa confesión de mujer que—¡circunstancia muy común en las confesiones del sexo encantadoramente pérfido,—resulta ser la confesión de virtudes propias y pecados ajenos, con la sonriente curiosidad de avisado y experto catador; mas luego que se engolfa en la lectura, ya la sigue enseriándose, con curiosidad más viva y honda, cual si le asaltara el miedo súbito de que algo vago, flotante, en el estado acuoso, cuajara alguna vez en su existencia. El pensador se halla una vez más con el problema eterno, añade un eslabón á la cadena interminable que va arrastrando la humanidad sin Dios por un desierto sin amor.

¿Desata el divorcio el nudo que aprieta á una mujer contra un hombre? ¿Es necesaria la eliminación de la infiel? ¿El perdón es posible? Las tres inflexibles púas de ese tridente, hieren y matan. Lo humano y egoístamente lógico, será escoger aquélla que mata á la culpable.

El matrimonio-sacramento, el matrimonio, en su alto sentido religioso, tiene soluciones definitivas para el caso de adulterio. Primeramente, lo previene y aleja por su gracia imbibita; considerando la fidelidad, don superior á la naturaleza humana, la crea con soplo divino; y si éste, desvirtuado en el roce con la vida, no basta á perpetuarla, ordena al agraviado que perdone, pero no á la manera amplia y retórica que hoy preconiza cierta literatura decadente, sino

castigando á la culpable con el abandono, y recibiendo sumiso, como expiación ó como purificación, el mal que llega. Toda vez que la vida es reseca llanura, sólo mojada por el llanto, nada más natural que poner la planta en un nuevo peldaño de la inmensa escala del dolor que lleva al cielo.

El matrimonio-contrato no tiene ese poderoso auxiliar preventivo ni esa solución radical, ya en cinta de una hermosa esperanza. El divorcio, si la sociedad conserva en la superficie de sus costumbres, el barniz religioso, no desata. Podrá esa sociedad no creer que la divinidad ha unido para siempre á una mujer y á un hombre; pero por nada haréis que deje de pensar y decir al hablar de una adúltera: esa es la mujer de fulano. Ella, la sociedad, es la que casa indisolublemente, declara inamovible el nombre postizo que lleva la frente de una criminal. Antes de que la infidelidad sobrevenga, los íntimos son los que conocen á la señora de X ó de Z. Las amigas suelen designarla, por costumbre adquirida en la infancia, con el apellido de la madre. Pero que la culpa sobrevenga, y desde ese momento, ya no se apellida esa mujer como la madre: ya no la conocen nada más los íntimos, todos la conocen, y es, para todos, la señora de X ó de Z. Entonces se consuma la unión irrevocable, el pacto satánico; ha oficiado el Pontífice rojo en la misa infernal, y el araño de sus garras queda indeleble en dos cuerpos desunidos.

Por modo que, nada liga tan reciamente al hombre y á la mujer como la falta de ésta. El divorcio resguarda los bienes de la sociedad conyugal para el que deba legítimamente poseerlos ó administrarlos; pero no amputa el miembro gangrenado al cuerpo sano. Deja al cónyuge inocente una libertad escrita, que los accidentes diarios van raspando con su lima. Ya no es suya esa mujer; pero él sí es de ella. Irá la esposa divorciada á la prostitución, único resumidero de esas infelices; é irá el marido á espiarla. Tan no disuelve, tan no desanuda real y positivamente el divorcio, que para simular la desunión, para acogerse al protector olvido, se apela, cuando el marido puede disponer de algunos bienes de fortuna, á la emigración de la culpable, enviándola al extranjero á seguir el camino de Manon Lescaut. Tampoco resuelve el problema de los hijos, porque el corazón de éstos no está al arbitrio de ningún señor juez, porque el amor no se impone por medio de una sentencia, porque no pueden someterse á ningún fallo las afinidades electivas. Tenemos, pues, aquí, como en las leyes prohibitivas del duelo, una ins-

titución social en desacuerdo, cuando no en choque violento con la sociedad misma. Una moneda, con garantía del Estado, que no circula, que no corre.

¡El perdón . . . ! Esta es otra hermosa teoría! En la literatura sana, en la española de los buenos tiempos, *verbi gratia*, el papel de marido burlado es grotesco, repugnante ó trágico. O el viejo decrepito ó el truhán desvergonzado ó el «Médico de su honra.» No hay en esas creaciones del ingenio ninguna que se asemeje á esta desmedrada y canija del marido sabio, del marido filósofo, que trayendo á cuento las doctrinas de la herencia y del medio, desmontando hábilmente la complicada máquina del organismo femenino, disculpa las infidelidades de la esposa, en cierto modo las sanciona por necesarias é inevitables, y se resigna á consentirlas, cuidando con escrúpulo de impedir el escándalo. Ese marido determinista y estóico tiene otro nombre en buen romance castellano. Nunca el cobarde que escuda las flaquezas ajenas con la inflexible ley de la fatalidad, para encubrir las propias y no verse en el aprieto de probar sus arrestos, será tipo simpático, aunque le pinte Dumas (hijo) en su «Casa del viento,» y Pérez Galdós en «Realidad.» La doctrina de la piedad Suprema, cuyo apóstol más ferviente, entre los contemporáneos, es Ernesto Renán, no llega, sacrílega, á profanar la dignidad humana. Perdona en masa á esa prole envilecida que se arrastra en el fango; no castiga tampoco, porque no tiene investidura para ello; pero sí se defiende en su heredad. El *Perdono á tutti* de «Hernani,» entonado por un coro de maridos infelices, es de entremés picaresco.

Puede externarse el perdón; pero siempre que la culpable ya no exista.

En este punto surge el debatido: máatala! ¿Es legal? Probablemente no.

Casi siempre lo legal está reñido con la lógica. Sé que es humano. Sé que impone admiración y que subyuga hasta en Otelo, enormemente injusto. Es un zarpazo hermoso del amor. Está en el corazón de todos, hasta en el de los incapaces de matar. Estos, con hipocresía, piden á Dios que los substituya y sea Él que mate. Y todos, al saber de heridas de honra, gritan como Juan de Timoneda:—¿No hay arcabuz en tu casa?

¿Es necesario, para legitimar este acto salvajemente natural, sorprender el instante de la infidelidad? No; eso lo desvirtuaría, convirtiéndolo en un hipo de embriaguez. El adulterio no es un acto: es una

serie de estados de conciencia. Está consumado mucho antes de que suene el cuarto de hora de Rabelais. Sigue por mucho tiempo después, aunque el amante haya desaparecido. Para decretar el divorcio, por tal causa, hoy no se atiende á los requisitos prefijados por el buen rey Alfonso el sabio. La presunción fundada es casi el hecho. A la zaga de una cadena de hechos embozados, está el crimen.

No imaginéis, señora, que preconizo esta teoría, que la aconsejo. Admiro á los que saben ser santos; respeto á los que pueden menospreciar el mundo. Pero, como mundano, como espectador atento de la comedia humana, á veces triste, digo que, despojado de su carácter religioso el matrimonio, sin esperanza de ir al cielo por el sacrificio, matar es lo más cómodo.

Ahora bien, ¡varía tanto cada caso! ¡Esos seres tan pequeños que se llaman hijos, entran por tanto en él! ¿Cómo dictar reglas absolutas? Gracias á tal diversidad de colores y matices, tenemos, señora, el grato pasatiempo de leer muchas novelas, así como la pena de ver otras.

